

## BIBLIOGRAFIA

**EL HABLA DEL CAMPO DE JACA**, por don Manuel Alvar (Premio «Menéndez Pelayo» de 1946). Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colegio trilingüe de la Universidad. Salamanca 1948. Un tomo de 276 páginas en tamaño 25 x 18 con 50 figuras intercaladas en el texto más 51 fotografías y 6 planos en 32 páginas suplementarias de papel couché y 9 mapas.

El libro que reseñamos es de interés, no sólo para los Yacetanos, sino para los vascos, si es que cabe una distinción racial entre unos y otros. "La toponimia es un testigo insobornable", dice el señor Alvar en su obra, y la toponimia no habla en favor de la distinción. Los apellidos vascos abundan actualmente en el campo de Jaca, y, ¡cuántos otros, restituidos a su primitiva forma, no resultarían vascos también! Añádanse a ellos los patronímicos en *ez* o *iz* que hubieran perdido el distintivo vasco, como ocurre en otras provincias; un Gómez pudiera haber sido originariamente "Gómez de Zárate", perdiendo luego el Zárate, que indicaba la oriundez, el tronco de la familia, el solar nativo.

De los méritos del señor Alvar como filólogo es ocioso hablar aquí. La alta distinción de que ha sido objeto su obra, y el haber sido acogida por el Colegio Trilingüe de la Universidad de Salamanca, hace innecesario lo que en su alabanza pudiéramos consignar. Pero tan interesante como conocer al filólogo, es conocer al hombre. Y don Manuel Alvar es un hombre dotado de dos prendas inapreciables: sentido común y corazón. Ya una sola de ellas va siendo difícil de encontrar hoy día; ¡cuánto más ambas enlazadas!

Al hombre dotado de estas cualidades, se descubre en las primeras líneas de su libro: "Cada día que pasa se acentúa la decadencia" y el dialecto va perdiendo terreno en sus montañas irreductibles... "Salvar los restos de un dialecto moribundo ha sido nuestra empresa y nuestro propósito. El gran núcleo de población, justificado políticamente y militarmente, con su enorme poder de irradiación, "extiende una influencia igualatoria a los pueblos de todo el pirineo "oscense. La lengua oficial, impuesta por los funcionarios extraños, "por la guarnición y por la escuela, ha ido desalojando los dialectismos, y, hoy, con Universidad de verano, con la creación de una

"Escuela Militar de Montaña, con un centro inigualado de turismo, "el aragonés se evade hacia cumbres más tranquilas, perseguido por "la invasión de veraneantes y hablas desconocidas."

Tiene muchísima razón el señor Alvar al expresarse así; las naciones, creo que sin excepción alguna y con absoluta inconsciencia, están ahogando en un mar de prosaico uniformismo tesoros de idiomas y dialectos que, una vez muertos, ni las más fuertes subvenciones del Estado, ni todo el oro del mundo podrán resucitar. Quedará toponimia, quedarán inscripciones, quedarán, tal vez, gramáticas y hasta literatura, pero todo ese conjunto no será más que un fósil en el que se podrá estudiar algo la estructura y la composición química; pero los fenómenos biológicos, ¡jamás!

Lo que más interesa a los propósitos de esta Revista es los puntos de contacto que existen entre pueblos donde se habla hoy y donde se habló antaño el euskera. No se ha olvidado de ello el señor Alvar, pero agobiado por la labor filológica del estudio de las fonéticas, fenómenos de inducción, acentuación, morfología, etc., creemos que no ha pretendido abordar este tema en su integridad, limitándose a señalar el origen vasco de ciertas voces y nombres de lugares. Y es lástima, porque del talento y preparación filológica del señor Alvar se podrían esperar éxitos insospechados. Los sacrificios que para ello habría de imponerse, son, ciertamente, muy duros; hablar con soltura el vascuence, estudiar, especialmente, los dialectos de la región vascongada más próxima al campo de Jaca, abordar el problema de la toponimia (aún en mantillas), estudiar especialmente los nombres de instrumentos, aperos, vegetales, esto es, de lo que está más en contacto con el pueblo, es tarea como para amilanar a cualquiera... que no sea el señor Alvar.

Un solo y pequeño reparo nos atrevemos a oponer al estudio comparativo con el vasco que ha realizado el señor Alvar en la obra que comentamos. La palabra *arto* (pág. 93), ni la hemos oído ni la hemos visto nunca empleada significando *encina verde*, sino *maíz* (como lo reconoce el señor Alvar para Aezcoa y Arce). El diccionario del Azcue y el de Pierre Lhande le dan esta significación, y no señalan la de *encina verde*, que se expresa por *arte*.

Felicitemos de nuevo y efusivamente al señor Alvar por su magnífica labor y esperamos, ¿por qué no decirlo?, de él otros futuros éxitos. ¡Ojalá se decida algún día (y todo se puede prometer de su talento y capacidad de trabajo), a abordar con todas sus fuerzas el problema del euskera, que encierra misterios insondables relativos a los idiomas y razas de Europa y Africa septentrional, cuando menos!

I. M. E.

**VIZCAYA Y SU PAISAJE VEGETAL. (GEOBOTANICA VIZCAINA)**, por **Emilio Guinea**. Junta de Cultura de Vizcaya. Bilbao. 1949.

Siento no pocos escrúpulos al ponerme a registrar la aparición de este libro, en el BOLETIN, porque soy totalmente profano en la materia que trata. Pero tampoco quiero dejar de hacerlo, pues no me resignaría a que saliera este número a la calle sin que nos ocupáramos de él, ya que sería un grave pecado de insensibilidad en el que no podemos caer sin cometer otros más graves.

Sin embargo, insisto en que no debía ser yo quien lo comentara. Pero me ha ganado el título, "Vizcaya y su paisaje vegetal". Tendrá, lo tiene indudablemente, un sentido científico preciso y justo, pero yo he visto en él lo que tiene de poesía. ¿Cómo no va a haber poesía en el paisaje vegetal de Vizcaya? En las peñas plateadas del Duranguesado, por el severo macizo del Gorbea, entre los valles y las lomas, junto a las regatas y a la orilla de los caminos, hay en primavera y en otoño una sinfonía orquestal de verdes distintos y oros viejos que sólo las nubes o el viento son capaces de dirigir. Por eso he abierto el libro. Y a pesar del encanto del título y de la presentación principesca, lo he hecho con prevención, porque sabía que su autor, don Emilio Guinea, era un sabio naturalista y tenía miedo a encontrarme con esos nombres terriblemente difíciles con que los profesores se obstinan en llamar a las hayas, a los robles y los helechos, no obstante la gracia sin par de sus denominaciones vulgares. Pero sus acuarelas perfectamente logradas, sus fotografías espléndidas y sus dibujos graciosísimos, han tenido la virtud de quitarme el entrecejo: cualesquiera que fueran los nombres técnicos de los pies, aquellas ilustraciones me ayudarían a comprenderlo casi todo. Y animado por tan generoso auxilio, me he puesto a leer el prólogo. Cuando me he dado cuenta, lo había terminado, y terminado, además, con verdadera pena, pues su lectura me había cautivado profundamente. Una nueva duda me asaltaba aún: ¿no serían distintos el prologuista y el autor del libro?, ¿será posible que aquel primoroso trabajo, tan sugestivo y literario, fuera de un hombre de ciencia? Pero no cabía duda ninguna, estaba claro, prologuista y autor eran un solo escritor verdadero. Después de todo, no tenía porqué sorprenderme: entre los naturalistas hay una vieja tradición del mejor humanismo, y el señor Guinea es humanista a prueba plena, y, sobre humanista, excelente escritor, además. Si quisiera podía hacer unos libros muy bellos sobre los árboles y las plantas, como Fabre los hizo sobre los insectos.

Pero en esta ocasión ha hecho un catálogo sistematizado, perfecto. Claro que de esto no puedo hablar yo. Sin embargo, salta a la vista al más profano, el colosal esfuerzo del trabajo; para hacerlo, su autor ha tenido que recorrer toda la tierra de Vizcaya palmo a palmo, subir a sus montes, bajar a sus ríos y atravesar la provincia de punta a punta. Viajero incansable, ha ido anotando en su cartera las innumerables especies, con expresión concreta del lugar, altura y naturaleza del suelo en que crecía cada una. Labor ímproba, meritísima. Y, claro es, ha hecho también sus deducciones, dolorosas deducciones a veces: ¡Oh, el pino! Ya habíamos presentado nosotros en estas mismas páginas todo el poder de su estrago.

Las ilustraciones que avaloran el libro: acuarelas, dibujos, mapas, cuadros y estadillos, hechos y presentados con verdadero primor, aumentan considerablemente su interés. Un gran libro, en fin, del que su autor, la Junta de Cultura y la provincia de Vizcaya, pueden sentirse justamente orgullosos.

M. C.-G.



**CUADERNOS DE ARTE NAVARRO. b) ESCULTURA**, por **José Ramón Castro**. Diputación Foral de Navarra. Institución «Príncipe de Viana». Pamplona. 1949.

Los documentos recogidos por don José Ramón Castro, director del Archivo de Navarra, y las notas anejas añadidas por él mismo, poseen la virtud de penetrarnos en la intimidad de los humildes, y a la vez gloriosos, obradores de nuestros grandes imagineros del siglo XVI y en el ambiente de aquella época. Una sociedad fundamentalmente honrada, sin burgueses ni proletarios, en medio de la cual, el taller era una entidad viva que el pueblo vivificaba de continuo con su acceso constante.

Los imagineros del siglo XVI transportaron a los retablos mayores de nuestras iglesias al pueblo, que, lleno de curiosidad, continuamente entraba en sus talleres. Talleres montados hoy en un lugar, mañana en otro punto distante, según lo exigiesen los encargos que recibían. Y el pueblo entendía y sabía valorar las obras de arte. Dos humildes canteros guipuzcoanos, el maestro Juan de Rexil, vecino de Régil, y el maestro Martín de Lasarte, vecino de Vidania, aparecen tasando en 1540, en Tudela, la obra de un Crucifijo y su humilladero.

A través de las páginas del profundo estudio de Castro, estamos literalmente contemplando la llegada de los artistas imagineros que, procedentes de Francia, instalaron talleres en Navarra y allí formaron escuela: los Obray, Joli, Baltasar Febre, Picart, Imbert. ¿No fué Obray el autor de la sillería del coro de Guetaria, que destruyó el incendio de 1836, cuando la primera guerra civil? Al taller de Obray, en Tudela, penetran los vecinos como Pedro por su casa. Y cuando la esposa de un vecino, Diego el cubero, da a luz un niño, Obray accede con mil amores al primer requerimiento y apadrina al infante en compañía de la mujer de maestre Peraldo, fustero y molinero.

¡Qué singular personalidad la de Fray Juan de Beauvais, el tramundos escultor que, en compañía de Juan de Anchieta, tasó el retablo de la parroquia donostiarra de San Vicente! Las rivalidades del oficio están todavía denunciando, al cabo de los siglos, al agrio y pendenciero Bernal de Gabadi. En cambio, algún documento del archivo diocesano de Pamplona guarda un elogio notable para nuestro Ambrosio de Bengoechea, el escultor de Asteasu, como persona sobria en el comer y beber, así como también nos dice el cuidado en que tenía su salud, un tanto delicada, con lo que ya sabemos dos cosas importantes más acerca del excelente escultor guipuzcoano.

Un índice de artistas y otro índice topográfico, facilitan sobremanera el denso estudio de Castro, que, además, viene completado por una espléndida colección de fotografías en papel couché, recogidas por el celo de don José E. Uranga.

J. A.



**BIBLIOGRAFIA DE LA LITERATURA HISPANICA**, por José Simón Díaz. Dirección y prólogo de Joaquín de Entrambasaguas. Consejo Superior. Madrid. 1950.

Don José Simón Díaz es un prestigio nuevo del profesorado, que ha acreditado muy cumplidamente sus condiciones de buen investigador, y, lo que es aún más de agradecer, de efficacísimo auxiliar de los investigadores. Sus índices, de fuentes de conocimiento histórico, le han alcanzado una notoriedad que le sitúa en el primer plano de la erudición sólida. Este BOLETIN se ha honrado también en algunas ocasiones con los resultados de su incursión por los

campos sobre que discurrió la vida y la obra de nuestro Esteban de Garibay.

La actividad del señor Simón y Díaz se ha proyectado ahora sobre las fuentes de la literatura hispánica, y, dentro de la limitación que se ha impuesto, lleva camino su tarea de hacerse exhaustiva. Un volumen de gran formato y de gran número de páginas resulta ser el primer vástago en este alumbramiento, y se anuncia como cadete de otros dos, que habrán de seguirle antes de mucho.

Aquí tenemos que registrar muy complacidamente, que tanto el señor Entrambasaguas, *deus major* de la erudición literaria, como el señor Simón Díaz, hayan tenido el buen acuerdo de incluir en el plan a nuestra literatura vernácula. El propósito ha quedado bien logrado, dentro de la limitación que ya hemos advertido que se han impuesto los autores.

Con frase muy certera ha aludido a ese propósito el señor Entrambasaguas en su prólogo, al afirmar que nuestro país vasco es un "maravilloso olvido de la historia y hallazgo de la civilización".

Hemos de recoger muy complacidos aquella realización y esta manifestación por lo que tienen de halagadoras y de prometedoras.

F. A.



### CARTA ILUSTRADA DE LA M. N. Y M. L. PROVINCIA DE GUIPUZCOA, por G. H. Oñativia.

Si estuviera en circulación una medalla de trabajo intelectual, su primer titular habría de ser, por designación unánime, don Gregorio H. Oñativia. Su dedicación al trabajo se ha hecho proverbial, y ya se ha creado una leyenda a su alrededor sobre que no duerme y sobre que no reposa. Y lo cierto es que su obra, tan apretada, presta verosimilitud a la leyenda, porque, si Oñativia es hombre de "posaderas", es decir, hombre que sabe permanecer "amarrado al duro banco" durante más de una mitad de su existencia, también es cierto que sabe hacer andar a sus piernas durante la otra mitad, en una constante peregrinación y en un afán ininterrumpido de trabajo. Quieto o andando, investiga siempre y se le llenan los bolsillos con miriadas de cuartillas cualquiera que sea el asunto, sobre todo si se proyecta hacia los hombres o los hechos del país de donde és y de donde procede.

Este Mapa de Guipúzcoa, que es una segunda edición, pero que resulta primerísima, es como para poner pasmo en el espíritu más frío. Uno se pone a calcular cuánto tiempo habrá sido necesario para reunir tanto material y para fijarlo después sobre el papel, sin que se organice un lío espantoso en el cerebro del ordenador y en el papel de la impresión, y se marea ante las cifras de vértigo que le presenta el cálculo. La conclusión que se impone es la de que Oñatibia no puede, efectivamente, rendirse al sueño y tiene, además, que vivir, por lo menos, dos vidas mientras otros viven una.

Este mapa contendrá errores. Tiene que contenerlos. Pero los ocasionales censores habrán de meditar en si se sirve mejor al país criticando la obra ajena y dejando la propia en blanco, o laborando efectivamente, sin parar mientes en errores inevitables y de no mucha monta. Tanto más cuanto que el mismo autor no ha dejado de manifestar que la inclusión de ilustraciones en el mapa ha tenido que desplazar necesariamente algunos topónimos. Así ha ocurrido efectivamente, y creemos que el señor Oñatibia debe reconsiderar si no valdría la pena de suprimir esas ilustraciones para que no hayan de ser eliminados topónimos que tanto representan en nuestra historia como los de Olás y Basarte, sedes ambas de nuestras añoradas Juntas Particulares de Guipúzcoa.

F. A.



### EL ESPIRITU RELIGIOSO EN LA PRENSA CATOLICA.

Ponencia de don **Antonio González**, en III Congreso Internacional de Roma. La Editorial Vizcaína. Bilbao. 1950.

Antonio González, el autor de las bellas "Estampas Cartujanas", ha recogido en un folleto, editado con la mayor pulcritud, la Ponencia presentada por él a la Primera Asamblea General del III Congreso Internacional de la Prensa Católica, de 1950. El tema, como indica el título, es el espíritu religioso de la prensa referida. Su solo enunciado señala su profundidad. Pero acaso tanto como el tema mismo, inquietara a su autor la solemnidad y circunstancias del acto al que iba destinada. Había de ser leída ante un Congreso Internacional, nada menos que en Roma, y, precisamente, con ocasión del Año Santo, en un Concilio ecuménico, como si dijéramos. Antonio González sabe bien, desde antiguo, no obstante su juventud,

lo que es la Prensa Católica y cuál debe ser el espíritu religioso que la anime. Pero hay ocasiones en que no basta saber las cosas, hay que decirlas y, lo que es más difícil aún, es preciso hacerse escuchar. La monumental estatua de la Justicia, que se levanta a la derecha de la tribuna presidencial del Palacio de la Cancillería, donde se celebró la Asamblea, le mostraría en una mano la balanza simbólica, y en la otra la espada. Y frente, los ojos y oídos de los representantes de toda la Prensa Católica del mundo se abrían ante él. Habría cierta curiosidad en el auditorio: se trataba de un periodista de España, tierra que ellos se han empeñado en cubrir con un telón. Así, los prejuicios son fáciles, y es posible que los llevara más de uno. Antonio González, con su aspecto juvenil de novicio, mesurado y circunspecto, daría comienzo a la lectura en un tono suave y sereno. No levantaría demasiado la voz, pero lisa y llanamente, apoyándose en la Doctrina de los Santos Padres, con palabra justa y la cita precisa, fué desgranando su verdad sobre el tema, toda la verdad, la verdad de todos; y acaso más de uno quedara un tanto sorprendido.

M. C.-G.



**EL CAPITAN DE SI MISMO. RETABLO ESCENICO**, por Manuel Iribarren. Editorial Gómez. Pamplona.

El apellido Iribarren suena mucho en la literatura moderna. Y este Iribarren de ahora y su homónimo José María han hallado antes puesto decoroso en esta Sección de Bibliografía de nuestro BOLETIN

El asunto que ha ejercitado la pluma de Manuel Iribarren en esta ocasión es un asunto inagotable, porque el protagonista de su trama escénica es esa figura universal de la historia a quien cupo nacer en el valle guipuzcoano de Iraurgi para conmoción de todo el mundo.

El "retablo" no viene a ser una de esas piezas ingenuas que ruedan por los provisionales tinglados de los salones de actos: es una digna pieza teatral que resiste la comparación con "El Divino Impaciente" de Pemán y las "Estampas Teresianas" de Marquina.

Con muy buen acuerdo ha dado el autor a su pieza el carácter de "estampas", para liberarse así de la coacción de una trama poco escénica. Claro está que esa coacción puede ser superada con otras

fórmulas, como ha sucedido recientemente con una película de asunto ignaciano; pero ello ha sido violentando la verdad histórica, extremo a que no ha querido llegar Iribarren.

Este, muy respetuoso con la fidelidad histórica, ha escrito una pieza escénica digna de que la apadrinen las Compañías profesionales de teatro.

F. A.



**BILBAO EN EL CAMINO DE SANTIAGO.** Tres episodios de Bilbao en el siglo XIV. El nacimiento del Nervión, por **E. Calle Iturrino**. Bilbao. 1950.

Esteban Calle Iturrino, delicado poeta y viajero incansable, es un enamorado de Bilbao. Y cuando guarda sus maletas en espera de un nuevo viaje y deja descansar la lira para dar un momento de reposo a su sensibilidad, su propio inquietud y el amor entrañable a su pueblo, lo llevan por los caminos más difíciles de la historia para ir deshojándola flor a flor, con el patriótico deseo de ponerla al alcance de todos. No es, ni pretende serlo, un investigador, pero su fino instinto no lo engaña y lo lleva siempre a las fuentes mejores, en la seguridad de que el agua que beba se puede tomar sin cuidado ninguno.

En esta ocasión se ha enfrentado, en tres breves ensayos, con otros tantos temas que son los del título del folleto. En el primero examina la importancia que tuvo para Bilbao, así para su Puebla primitiva como para su villazgo, el descubrimiento del sepulcro de Santiago cuyos caminos estudia con toda la extensión que le permiten las proporciones del ensayo. En el segundo recoge tres episodios cruentos de banderizos que como él dice revelan el estado social y político de nuestro pueblo después de la fundación de la villa. Y en el tercero busca, "in situ", con enamorado fervor de peregrino, el verdadero origen del Nervión, en la misma fuente de Ureta que los geógrafos desconocían en general.

Los tres constituyen un bello breviario del primitivo Bilbao; y es una pena que la entidad patrocinadora de la edición no se haya conformado con hacer constar su mecenazgo en la portada sin someter la obra a un reclamo de instituciones que serán muy dignas de elogio pero que nada tienen que ver con el libro.

M. C.-G.